

se

NORMAN STONE

**BREVE
HISTORIA DE
LA SEGUNDA
GUERRA
MUNDIAL**



Con su estilo narrativo único y su profundo conocimiento de nuestra historia reciente, Norman Stone se ha propuesto describir seis años del más sangriento conflicto nunca habido, con cerca de 50 millones de muertos.

Una guerra que consumió al mundo y en la que estuvieron implicadas las fuerzas aliadas por un lado y Nazis, fascistas y el imperio nipón por el otro.

Desde los orígenes suscitados por las graves depresiones económicas del periodo de entreguerras hasta el estallido de las bombas atómicas en Nagasaki e Hiroshima, pasando por la invasión de Polonia, el frente del este, las batallas en el norte de África, Burma y la guerra en el Pacífico.

Stone desgrana los principales acontecimientos con su estilo ágil en este único y conciso volumen.



Norman Stone

Breve historia de la segunda guerra mundial

ePub r1.0
Titivillus 02.02.18

Capítulo 9

El final

Alemania y Japón estaban sometidas ahora a una presión tremenda: por un lado, los ataques aéreos demoledores, que en diciembre de 1944 habían destruido sus fuentes de energía y los transportes, y por el otro, la reunión de ejércitos y barcos con una potencia devastadora. Obviamente lo que habría tenido más sentido para sus gobernantes hubiera sido tirar la toalla, pero ambos países estaban sumergidos en una ilusión fanática, que en Japón, que nunca había sido derrotada, se centraba en la salvación mediante un milagro. Los alemanes seguían luchando porque estaban enloquecidos por los bombardeos incesantes y sabían muy bien la suerte que iban a correr en cuanto la marea rusa llegase al río Elba. Justo hasta el final imperó una lealtad fanática, y Hitler mandó fusilar a su cuñado por derrotismo; cuando Japón se rindió finalmente, no se pudieron encontrar palabras dentro del lenguaje imperial formal para decir «derrota» y «rendición». El emperador tuvo que decir que la guerra no se había decantado necesariamente a favor de Japón.

Alemania seguía siendo capaz de acciones desesperadas y obtuvo un respiro en los tres últimos meses de 1944. Una refinería de gasolina sintética seguía funcionando en Pomerania. Los aliados occidentales habían establecido un frente más o menos a lo largo del Rin en octubre de 1944, y estaban abriéndose camino hacia Alemania por Aquisgrán y Estrasburgo. Una Holanda hambrienta seguía bajo control alemán, al igual que Dinamarca y Noruega. Europa central seguía bajo gobiernos fascistas y en Zagreb, capital de Croacia –un lugar en el que uno se puede imaginar *El ocaso de los dioses* de Richard Wagner como una opereta de Franz Léhar–, un escritor, Josip Horvat, publicó su diario de este período. Describe la gestión insustancial del Estado Independiente de Croacia, mientras los partisanos impiden la entrega de leche al plenipotenciario alemán (que en su momento había sido el representante austro-húngaro en Brest-Litovsk en 1918), hay escasez de cuchillas de afeitar y el cielo está lleno de cilindros plateados que van de camino para bombardear Budapest, Viena o Munich. Mirando las ruinas de un Munich que había conocido en su gran época antes de 1914, un anciano Richard Strauss, cuyos nietos medio judíos habían sobrevivido a la guerra en su semiexilio en GarmischPartenkirchen, compuso *Metamorfosis*, un poema sinfónico que se puede considerar la marcha fúnebre de Alemania. Aparecieron otras notas musicales de otro Richard y otros nietos. La familia Wagner había mantenido buenas y estrechas relaciones con Hitler durante todo este tiempo. De jóvenes y adolescentes, los nietos de Richard Wagner, Wieland y Wolfgang, llamaban a Hitler «tío Wolf». (Los dos iban a revitalizar el Festival de Bayreuth dedicado a las óperas de Wagner después de la guerra). Para su cincuenta cumpleaños en 1939, cuando las cosas iban viento en popa, los Wagner le habían

regalado la partitura original del último drama musical de Wagner, *Parsifal*, que era la obra de Wagner favorita de Hitler. Ahora, seis años después, querían que se lo devolvieran antes de que cayese en manos de los rusos, y Wieland viajó hasta Berlín y persuadió a Hitler para que le entregase la partitura. Ya sea o no un mito que las grandes orquestas alemanas y austríacas interpretaron a Wagner en sus conciertos finales, no era necesario: ya se estaba poniendo en práctica, aunque de una manera grotesca. Hitler no era un Sigfrido demasiado bueno y Evan Braun no era Brunilda. Él le había pedido que se quedase en el sur de Alemania para su seguridad, pero ella consiguió volar hasta Berlín justo antes de la llegada de los rusos, anunciando que sería una vergüenza si Adolf no se casaba con ella después de tanto tiempo: ¿qué iba a pensar la historia si sólo figuraba como su amante? De esta manera el Tercer Reich terminó con una boda a tiros y una cremación incompetente.

La campaña occidental se desarrolló con una lentitud sorprendente, quizá porque todos los implicados, excepto Montgomery, comprendían instintivamente que no tenía sentido el heroísmo con el final a la vista. Un momento extraño tuvo lugar en Arnhem en los Países Bajos en septiembre. El 17 de septiembre, una división paracaidista británica se lanzó sobre la ciudad en un intento por capturar los puentes sobre el sistema de ríos que había derrotado a los españoles tres siglos antes. Tuvieron muy mala suerte y se tropezaron con un cuerpo Panzer que se estaba reorganizando después de Normandía. Walter Model, «el bombero de Hitler», como lo llama John Keegan, fue trasladado desde el frente oriental y retuvo el puente de Arnhem, lo que condenó a los británicos a un invierno inmovilizado, o al menos a un avance doloroso a paso de tortuga. De septiembre a octubre otro empuje aliado avanzó lentamente en Aquisgrán y penetró en el bosque de Hürtgen, de nuevo contra Model, un comandante enormemente efectivo y también el hombre más rudo del ejército alemán. Esto costó a los Aliados 33.000 muertos y heridos. Aquisgrán cayó y fue la primera ciudad alemana en hacerlo, pero todo iba muy lento y Hitler empezó a tener la esperanza de que se podía conseguir algo contra unos oponentes tan torpes como parecían ser los anglo-americanos. ¿Podría contraatacar y ocupar Amberes, su puerto, y expulsarlos de Bélgica? Si lo conseguían, ¿les podría pedir que se unieran a él en la lucha contra la URSS, que era la propuesta fantasma que siempre había estado ahí? En estas circunstancias, el contraataque era una actuación muy valiente. Con las últimas reservas estratégicas del ejército, y cuando los rusos se estaban acercando a Budapest, Model lanzó un ataque en la misma zona del sudeste de Bélgica donde los alemanes lo habían hecho tan espectacularmente bien casi cinco años antes. Utilizando vehículos y gasolina capturada, como había hecho antes Rommel después de la caída de Tobruk en 1942, los alemanes consiguieron avanzar un poco. En esto se pusieron demasiadas esperanzas, porque si los Aliados no eran demasiado buenos en las ofensivas, consiguieron disponer rápidamente las defensas y en cuanto mejoró el tiempo, el dominio del aire fue suficiente contra las tropas alemanas que quedaban retenidas en atascos de tráfico. Para las Navidades de 1944 el

ataque se había quedado sin combustible y fue cancelado el 8 de enero. Entonces se volvió a los avances milimétricos y a mediados de marzo Model se vio forzado a retirarse cuando los americanos capturaron el puente ferroviario de Ludendorff sobre el Rin al sur de Colonia, mientras los británicos y los canadienses se dirigían hacia Hamburgo. Lo que quedaba del grupo de ejércitos de Model quedó rodeado en el Ruhr, y la cuestión era si se destruirían las grandes industrias, como quería Hitler. Alemanes con visión de futuro sabotearon las órdenes, y lo mismo hizo Model, que no se iba a rendir. Licenció a los hombres y se descerrajó un tiro.

Los aliados occidentales avanzaron sin oposición hasta que el 24 de abril se encontraron con los rusos en un pueblo pequeño de Sajonia. Al día siguiente, el acontecimiento se reprodujo de nuevo para las cámaras en Torgau, donde existía un puente sobre el Elba (irónicamente, la «Torgauer Marsch» había sido la melodía de Hitler). Más tarde se produjeron algunas discusiones sobre si las potencias occidentales deberían haber llegado primero a Berlín. ¿Por qué permitieron que Stalin llegase primero? La explicación se encuentra realmente en lo que ocurrió en 1943, cuando Churchill quedó atascado en el norte de África e Italia; y en cualquier caso los rusos también discutieron por qué no habían sido los primeros en llegar al Ruhr para asegurar el futuro económico de la Unión Soviética, antes de que las potencias occidentales consiguieran ocupar la joya de la corona industrial, que relanzó a Alemania occidental como una economía de nivel mundial en alianza con la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Los generales soviéticos, aplastados por la carga de medallas publicitarias después de la guerra, argumentaron que la fijación de Stalin con los embolsamientos que había dejado atrás Hitler en el Báltico, encontrándose el mayor de ellos en Letonia, había sido el responsable. Sin embargo, los alemanes estaban resistiendo en el este con una locura que sólo se puede explicar porque sabían lo que estaba por llegar.

Hitler había decretado que no habría retirada. Al contrario, las tropas se debían quedar donde estaban (*eingeingelt* o «atrincheradas») como en el paso de 1941 a 1942. Gran parte del Ejército Rojo estuvo al asalto del Báltico y de Prusia Oriental durante mucho tiempo y después aparecieron problemas en el sur. Budapest era una de las grandes ciudades de Europa central y el Danubio era el gran obstáculo para la penetración soviética. Se produjo un asedio de seis semanas y gran parte de Buda quedó en ruinas al ser el escenario de la resistencia final de los alemanes, que se colapsó en febrero. La noticia de la muerte de Mussolini (murió el 28 de abril) le llegó a Hitler cuando los rusos alcanzaban las afueras de Berlín. Los rusos se habían concentrado en el invierno de 1944-1945 en el frente balcánico y habían liberado Belgrado en octubre. Los habían retenido las fuerzas que Hitler había dejado en el norte y ahora se tenían que concentrar de nuevo para seguir el avance en Polonia. Otro gran ataque soviético seguía adelante por el Vístula, donde de nuevo la sorpresa fue total. Hitler había nombrado a Himmler para que tomase el mando del grupo de ejércitos de esta zona, que había cambiado de nombre, y el brazo armado del Partido

Nazi, las Waffen-SS, tenía ahora casi un millón de hombres (muchos de los cuales eran voluntarios extranjeros), pero nada podía detener al Ejército Rojo que, avanzando más de treinta kilómetros cada día, penetró en Prusia Oriental e incluso entraron en Elbing y Heiligenbeil cuando aún seguían funcionando los tranvías.

El 24 de febrero habían fracasado todos los contraataques alemanes. Los rusos se encontraban en el río Oder, a sólo ochenta kilómetros al este de Berlín. Delante de ellos habían empujado a cientos de miles de refugiados, familias con carros que se abrían camino por la nieve, desesperadas por alcanzar la otra orilla del Oder o el mar, atravesando las lagunas heladas. Algunos clásicos de la literatura alemana recogen estos acontecimientos. En *Erinnerungen eines alten Ostpreussen* [Recuerdos de un viejo prusiano oriental], Alexander Fürst zu Dohna-Schlobitten relata cómo se le permitió salir en avión de Stalingrado porque tenía seis hijos. Cuando llegó a casa, condujo a sus trabajadores desde su histórica casa señorial de Schlobitten hacia el oeste, cuando incluso el chirrido de una rueda provocaba una alarma salvaje mientras atravesaban a pie los bosques hacia la seguridad. *Schicksalsbuch des Sächsisch-Thüringischen Adels* [Libro del destino de la nobleza turingia y sajona] de Adam von Watzdorf y otros autores, describe otra marcha, esta vez de prisioneros de guerra británicos, que procedían de un campo en Silesia, y a los que alimentaron con patatas calientes los propietarios rurales cuando atravesaban sus fincas. Miles de civiles alemanes, militares y funcionarios nazis, que huían de los rusos, consiguieron subir a un buque de pasajeros en el Báltico, el *Wilhelm Guttlof*, que fue hundido por un submarino ruso: 9.000 personas murieron ahogadas en lo que se considera el peor desastre marítimo de todos los tiempos. A mediados de marzo los rusos se encontraban en Silesia y Pomerania, habían tomado Zagreb y estaban a punto de conquistar Viena (13 de abril). Mientras tanto los ataques aéreos contra Berlín seguían adelante; el último, un ataque de la RAF contra Potsdam el 14 de abril, destruyó la vieja iglesia de la Guarnición y muchos monumentos más. El gran esfuerzo para ayudar a los rusos tuvo lugar a mediados de febrero, cuando la RAF destruyó Dresde a causa de su enlace ferroviario (que se recuperó con rapidez). Este episodio fue muy controvertido y el propio Churchill protestó por la ruina de la «Florenxia del Elba», aunque no dejaba de ser un poco hipócrita porque el propio Churchill había apoyado con fervor los bombardeos aéreos. En cuanto a Berlín, los Mosquito de la RAF –cazabombarderos– siguieron bombardeando hasta el cumpleaños de Hitler el 20 de abril.

Existen fotografías del Führer, que ahora tenía cincuenta y seis años, pero que parecía mucho mayor, acariciando la mejilla de un adolescente (un huérfano de Dresde) enfundado en un abrigo que le iba grande, en el momento de unirse a la milicia nacional territorial del Volkssturm. El 9 de abril se rindió Königsberg, muy dañada, y Zhukov se pudo concentrar en el último obstáculo antes de Berlín, las colinas de Seelov, mientras que los grupos de ejércitos de Rokossovsky y Konev, al norte y al sur, también se concentraban contra Berlín: en conjunto 2.500.000

hombres, 6.250 tanques, 7.500 aviones y más de 40.000 piezas de artillería (con Katiushas montadas en camiones, cada una de las cuales disparaba docenas de cohetes). En las colinas se desarrolló una última resistencia feroz, pero el 19 de abril los defensores fueron superados y aunque el coste había sido alto –30.000 muertos y cerca de 3.000 tanques perdidos–, Berlín quedó rodeado. El 22 de abril Hitler se dio cuenta de que sus ideas de un rescate desde algún sitio, Silesia o cualquier otro lugar, no se iban a hacer realidad y fue presa de la famosa rabieta contra sus generales, que no pudo olvidar ninguno de los presentes. Afirmó que se quedaría en Berlín y se suicidaría. Cincuenta mil soldados, 40.000 ancianos miembros de la milicia territorial, chicos adolescentes y algunos extranjeros de las SS (entre ellos dos docenas de británicos, con una pequeña Union Jack cosida en la solapa del bolsillo de la chaqueta) siguieron luchando, mientras que los habitantes escondían todo lo que podían en una ciudad sometida a un bombardeo constante. Los combates se extendían desde los puentes del Havel a lo largo de las arterias principales de Berlín, en dirección hacia las estaciones de ferrocarriles y los monumentos, entre ellos el Reichstag. Extrañamente, la Columna de la Victoria, que conmemoraba las guerras de Bismarck, no fue derribada, ni tampoco los bustos triunfantes de los dignos gobernantes del viejo Brandeburgo, pero a finales de abril los rusos ya se encontraban en el barrio ministerial.

Hitler dispuso su escena final: la boda en las primeras horas del 30 de abril, que se completó con sirvientes con uniformes blancos que repartieron bocadillos con *Sekt*, vino espumoso; el oficiante que habían traído a rastras porque tenía autoridad para celebrar la ceremonia matrimonial porque era funcionario, en este caso adjunto a la jefatura de la recogida de basura de Pankow; su pregunta solemne a la pareja: «¿Sois de origen ario?»; el desayuno de bodas vegetariano; el suicidio; la torpeza con la que se dispuso de los cadáveres, que acabaron en cajas con otros trozos de cadáveres del búnker, incluido un perro y sus cachorros, con los que se habían probado las píldoras del suicidio porque nadie confiaba en que los médicos de las SS fueran capaces de proporcionar cianuro efectivo (más tarde el cuidador de los perros se volvió loco). Cuando se supo que Hitler había muerto, las secretarías y los ayudantes de la Cancillería pusieron *jazz* y encendieron cigarrillos, prohibidos en presencia de Hitler. Cientos de miles de prisioneros alemanes marcharon hacia la URSS para no regresar jamás (y los prisioneros del búnker no lo hicieron hasta 1955, tras ser torturados, ya que el jefe de seguridad soviético Lavrenti Beria no estaba seguro de que Hitler no hubiera escapado). La rendición final, una para todos los Aliados, una para todas las fuerzas, incluida la URSS, tuvo lugar el 8 y el 9 de mayo. Un Churchill muy cansado se presentó muy pronto para contemplar la escena del búnker, pero el final del Tercer Reich no fue un momento de júbilo, como había ocurrido con el armisticio de 1918. Habían muerto más de 70 millones de personas y Europa (y gran parte de Asia) estaba en ruinas. Lo extraño fue que, a pesar del fanatismo que se había extendido hasta la última defensa, a partir de entonces no

hubo casi ninguna resistencia. Los alemanes estaban profundamente intimidados y cuando se les mostraron (forzosamente) los noticiarios de los campos de concentración, se produjeron pocos intentos de justificación, y los únicos intentos pseudoserios de historia revisionista han venido de los países aliados. En los años de la inmediata posguerra, doce millones de alemanes huyeron hacia el oeste, y quizá un cuarto de millón murieron exhaustos, de hambre, de enfermedad o violentamente, mientras que familias inofensivas, que ni siquiera habían votado a los nazis, fueron expulsadas de sus granjas en tierras checas o en Silesia, después de colgar carteles en lugares públicos que proclamaban, utilizando las mismas palabras que los nazis habían usado para los judíos: «Todos los alemanes, sin importar la edad o el sexo, se reunirán en la plaza del pueblo a las...», cada uno con un máximo de una maleta, para su deportación a algún pueblo alemán en ruinas. Como se señaló con pesar en aquella época, se trataba de un *Heims ins Reich*, «Regresar a casa en Alemania», y de una Alemania mucho más pequeña. Alemania occidental jugó una partida muy larga de reconciliación y eso fue lo que al final tuvo un éxito triunfal.

A los Aliados les produjo una intensa irritación que los japoneses, viendo el final de Hitler, no tuvieran presente lo que iba a ocurrir y se rindieran. Saipán había costado un esfuerzo enorme a los americanos, pero sus aviones se encontraban ahora al alcance del territorio japonés. Al sur, MacArthur estaba recuperando de nuevo las Filipinas. A finales de 1944 los americanos estaban llegando a lugares desde donde podían bombardear las ciudades japonesas. En la batalla del golfo de Leite, frente a una de las islas Filipinas en octubre, habían luchado acorazados de grandes dimensiones y los japoneses habían hecho un uso devastador de un arma nueva: los aviones suicidas kamikazes, que se estrellaban contra las cubiertas. Roosevelt había autorizado a MacArthur a que se concentrase en las Filipinas, para cortar las líneas de suministro japonesas, pero el almirante Chester Nimitz tenía ideas propias y controlaba la marina, que enviaba portaaviones contra Formosa (la actual Taiwán). Esta maniobra tuvo el efecto muy útil de atraer los aviones japoneses, de los cuales derribaron 600 en tres días, y por eso quedaba mucha menos cobertura aérea japonesa en el golfo de Leite. Se produjo una destrucción enorme de acorazados y portaaviones japoneses, y el 20 de octubre los americanos desembarcaron en Leite, que más o menos limpiaron, y avanzaron contra Luzón, la isla más grande de las Filipinas, y hacia Manila en enero. Aquí se empleó una fuerza americana más grande que en el norte de África o Italia, y la lucha fue especialmente dura, de manera que del cuarto de millón de defensores japoneses en Luzón murieron casi todos, aunque los que sobrevivieron siguieron luchando sin sentido aún después de terminada la guerra. Una de las islas principales de las Filipinas, Mindanao, presenció una resistencia similar hasta el 15 de agosto. A principios de año, fuerzas anglo-indias habían liberado Birmania, en la Operación Drácula, un desembarco anfibio nocturno desarrollado con oficio, pero en realidad los japoneses acaban de retirarse. Unos 150.000 japoneses murieron en combate en Birmania y sólo 2.000 cayeron

prisioneros, de los cuales sólo 400 estaban sanos. Si los soldados japoneses se iban a comportar de esta forma, entonces no había ninguna esperanza de alcanzar un final razonable de la guerra.

Ahora tenían al alcance las islas meridionales de Japón. Iwo Jima se ocupó en febrero y después Okinawa en mayo-junio, donde los pilotos suicidas kamikaze provocaron las mayores pérdidas sufridas nunca por la US Navy en una sola batalla, con 5.000 hombres muertos y el hundimiento o daño grave de docenas de barcos. De los 117.000 soldados japoneses que defendieron con tenacidad una Okinawa muy bien preparada, casi todos murieron. Se trató de un ejercicio de locura colectiva y sólo aumentó la determinación americana de acabar con la campaña. Mientras tanto, la economía de guerra japonesa estaba llegando al colapso. Los submarinos americanos estaban hundiendo la flota mercante y la habrían aniquilado pero fueron retirados para hundir buques de guerra. En octubre a los japoneses les quedaba poco petróleo y su acorazado más grande, el *Yamato*, cuando partió hacia Okinawa, sólo recibió 400 toneladas, lo que representaba la décima parte de sus tanques de combustible. Se podría haber seguido con este bloqueo, destruyendo el país sin necesidad de una invasión terrestre. Pero también intervenía la US Army Air Forces, que prometía resultados decisivos de los bombardeos. El bombardero americano, el B-29, había tenido sus problemas iniciales. Era extremadamente sofisticado y disponía de un blindaje que no podían traspasar las balas de ametralladora. Pero había sido necesario alrededor de un año de accidentes y de tácticas erróneas antes de que se pudiera utilizar adecuadamente el avión, bajo el mando de Curtis LeMay, en cuanto estuviera dispuesto el aeropuerto de Guam.

Ahora estaba claro cómo habían combatido los japoneses en esta guerra, a medida que se liberaba a los demacrados prisioneros de guerra, de los cuales un tercio había muerto (frente a un cinco por ciento de americanos y británicos que habían caído en manos alemanas). Al liberarse las Filipinas se produjeron masacres de nativos despreciados, y en Singapur e Indonesia se había tratado brutalmente a los habitantes, en especial a los chinos. Las atrocidades en China estaban bien documentadas y dadas las circunstancias nunca se ha podido realizar un recuento aproximado a la realidad de los muertos chinos: las estimaciones van de los dieciséis a más de veinte millones, casi tantos como los muertos rusos, y aun así no se incluyen las pérdidas de la década de 1930, en la que China estuvo la mayor parte del tiempo en guerra. Mientras tanto, no parecía que se vislumbraran gestos de que los japoneses iban a reconocer la realidad y se rendirían. Los tres vencedores se habían reunido en Potsdam del 17 de julio al 2 de agosto y habían exigido la rendición japonesa. Con el final de la guerra en Alemania, había llegado el momento de concentrarse en el Pacífico. Cuando los tres líderes se encontraron en Yalta, en febrero de 1945, se había cerrado un acuerdo para que cuando terminase la guerra en Europa la URSS rompiera el tratado de no agresión con Japón y le declarase la guerra. A cambio Stalin recibía el control de Europa al este del Elba (y él asumió que también significaba avances en

Irán y a expensas de Turquía). Por supuesto los americanos no querían a la Unión Soviética en China, y mucho menos en Japón, pero no deseaban reducir Japón ellos solos.

Stalin prometió que actuaría tres meses después del final de la guerra en Europa y eso fue exactamente lo que hizo el 9 de agosto con la invasión de Manchuria. Un millón de soldados provocaron una derrota rápida de los japoneses en esa zona, y una señal de lo que se podía esperar si continuaba la guerra por ese camino era que, en medio del caos, se escaparon ratas infectadas de peste, que extendieron una epidemia. Pero durante ese mes se produjo un golpe aún más grande. Los bombardeos estratégicos, bajo LeMay, se habían vuelto devastadores. Las casas japonesas eran pequeñas y débiles, construidas de madera y papel, como era de conocimiento general, para resistir los terremotos. Como el odio a los japoneses estaba muy extendido, se convirtieron en los objetivos evidentes y en cuanto los B-29 dispusieron de aeropuertos en tierra, en Iwo Jima y Okinawa, que fueron lugares en los que repostar y reparar, las ciudades de Japón se convirtieron en blancos fáciles, más aún porque no disponían de los cazas ni de la protección antiaérea que habían desarrollado los alemanes. Muy pocos B-29 fueron derribados por el fuego japonés: las bajas se producían a causa de la mecánica o por el tiempo, y a veces por errores del piloto. La producción industrial japonesa, que ya se había visto golpeada por el bloqueo, cayó en picado, y sólo entre el 9 y el 10 de marzo de 1945, murieron 100.000 personas a causa de una tormenta de fuego provocada por un ataque contra Tokio. Además, los canales y los ríos de Japón fueron minados desde el aire, en la Operación Starvation, y las familias japonesas dejaron de conseguir comida. Lo mismo había ocurrido en Alemania.

Entonces se iniciaron los últimos días del Imperio japonés. Las bombas atómicas se lanzaron el 6 y el 9 de agosto. Su origen era bastante remoto y en buena parte centroeuropeo, y fue una venganza curiosa por la campaña antisemita nazi que físicos con talento, algunos de ellos judíos, acabasen diseñando una bomba atómica. También se trató de un triunfo del ingenio británico y de la capacidad emprendedora americana. Los japoneses seguían conservando lazos con Moscú y estaban intentando que los rusos mediaran para conseguir términos para una paz honorable, pero seguían pensando que se encontraban en una posición de fuerza, con lo que lograron enfurecer a su propio embajador en Moscú, que era un hombre con sentido común. Mientras tanto, los jefes del ejército en Tokio seguían hablando tranquilamente de una resistencia hasta el amargo final. A mediados de julio, se probó con éxito una bomba atómica en Los Álamos, en el desierto de Nuevo México. Harry Truman, que era ahora el presidente después de la muerte repentina de FDR en abril, era un hombre escrupuloso y reflexionó sobre la cuestión de si lanzar la bomba sería totalmente ético, pero siguió adelante y dio a la Fuerza Aérea del ejército una autorización general. Hiroshima no había sufrido daños, pero el 6 de agosto fue bombardeada y en su mayor parte arrasada, provocando 80.000 muertos. Los

japoneses siguieron discutiendo entre ellos y se lanzó otra bomba sobre Nagasaki, matando a 30.000 personas. Incluso ahora, los más intransigentes intentaron un golpe, pero fueron rechazados y se suicidaron. Entonces, el 15 de agosto, el emperador, normalmente una figura simbólica, se rindió con la condición de que se respetase su papel como garante de la permanencia de Japón. Los americanos estuvieron de acuerdo, porque ya se estaban preguntando cómo iban a tratar a Japón. Con toda la dignidad que pudieron reunir, el viejo orden de Japón se presentó en un acorazado americano anclado en la bahía de Tokio el 2 de septiembre, y firmó un documento de rendición, bajo la mirada triunfal del general MacArthur.

Capítulo 10

Consecuencias

La primera guerra mundial terminó formalmente con tratados de paz, los principales de los cuales se redactaron a los pocos meses del armisticio. Esto fue un error, porque los odios de la guerra seguían envenenando el ambiente y los tratados negociados en una capital francesa ansiosa de venganza no hicieron nada para suavizar los odios. Los alemanes fueron humillados y a pesar de eso su nueva república fue obligada a aceptar los términos, bajo la amenaza de morir de hambre a causa del bloqueo; la república quedó envenenada desde el principio. En realidad la guerra no terminó allí ni en aquel momento con los tratados de París. Siguió adelante: en Rusia, donde habían ganado los comunistas, y en Turquía, donde los nacionalistas, con la ayuda comunista, derrotaron a los aliados occidentales, en especial a los británicos, y a sus representantes. La guerra no terminó realmente hasta 1923 con el Tratado de Lausanne, en Suiza, y en 1924 se produjo finalmente un intento serio de integrar a Alemania y a sus asociados en el sistema mundial. El agravio más importante de los alemanes hacía referencia a las indemnizaciones que se suponía que debían pagar a franceses y belgas: las reparaciones. Todos los alemanes les echaban la culpa de sus problemas económicos, en especial la inflación desbocada. En 1924 entró en juego un tiovivo por el cual Estados Unidos prestaba a Alemania el dinero para pagar a Francia, que así podía pagar sus deudas con Gran Bretaña, que a su vez pagaría sus deudas a Estados Unidos. Esta situación absurda estalló con el crac de Wall Street en 1929 y la consiguiente desintegración de la economía internacional. Versalles y sus codicilos siguieron vigentes durante casi una década, y una de las señales de que los franceses habían perdido la fe en toda esta estructura fue que en 1930 empezaron a construir la Línea Maginot que tuvo un coste enorme (y por eso lastraron su esfuerzo defensivo con este gigantesco elefante blanco).

El final de la segunda guerra mundial fue aún menos claro que el de la primera guerra mundial. De hecho, durante cuarenta y seis años no existió un verdadero tratado de paz con Alemania, hasta 1991. Un primer intento de llegar a un acuerdo con Alemania tuvo lugar durante el verano de 1945, cuando los tres grandes se reunieron en Potsdam, en una residencia parecida a Sandringham que se había construido para un príncipe heredero alemán en 1917 (una fecha con hondos significados). La reunión finalizó sin acuerdo en los temas principales, ni siquiera sobre la nueva frontera de Alemania en el este. En cualquier caso, no existía ningún gobierno alemán con el que se hubiera podido negociar: las potencias ocupantes simplemente discutían entre ellas, con los franceses poniéndose de vez en cuando del lado de los soviéticos. Poco después se inició la Guerra Fría y quizá la mejor fecha simbólica para marcar su comienzo sea noviembre de 1945, cuando los soviéticos se

negaron a participar en los planes anglo-americanos para resucitar la economía mundial.

Una de las grandes diferencias entre las dos guerras mundiales es el pensamiento económico que se aplicó. Por muy grotesco que parezca ahora, en 1918 las capitales europeas estaban llenas de planes de los vecinos pedigüños. En su libro de 1989 *L'or et le sang*, Georges-Henri Soutou presenta una relación de estas peticiones, que quedaron en gran parte recogidas en los acuerdos de posguerra: nuevas anexiones, en especial en Oriente Próximo; reparaciones para entregar a Francia el oro alemán; confiscación de la flota de guerra y la marina mercante alemanas a favor de los británicos; los belgas incluso llegaron a imaginar que podrían ocupar una parte del delta del Escalda, que pertenecía a los holandeses, para impulsar el comercio de Amberes. En este aspecto, los americanos no fueron avariciosos, pero fueron ciegos en otros campos: querían que algunas naciones les devolvieran sus dólares mientras impedían, a través de las tarifas, que los pudieran ganar. Este sinsentido culminó en una crisis mundial, que acosó a Estados Unidos con veinticinco millones de parados. Después de la segunda guerra mundial, algunos hombres sabios reflexionaron sobre todo esto y dijeron: nunca más. Cuando los británicos negociaron los préstamos americanos durante la guerra, una de las cláusulas inevitables se refería al uso que se iba a dar a dichos dólares, y se realizó un gran esfuerzo para evitar que los británicos utilizaran la ayuda americana para promover su comercio con los neutrales. Churchill se sintió humillado en este proceso. Pero de él surgieron acuerdos nuevos sobre la cooperación monetaria y el entendimiento atlántico, así como lo que habría que hacer después de la guerra. No se volvería a permitir nunca más el colapso del comercio, como había ocurrido en los años treinta, dejando sin trabajo a millones de personas. Tendría que existir algún tipo de acuerdo internacional para mantener el flujo de dinero para el pago del comercio, y esto se acordó en Bretton Woods en el verano de 1944. Éste fue el inicio del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, que iban a rescatar a los países que podrían haber derrumbado el mundo si se hubiera permitido que colapsasen. El sistema no funcionó durante algunos años después de la guerra a causa del estallido de la Guerra Fría. Una de las razones de que no funcionase fue que si los países querían beneficiarse de Bretton Woods, tenían que permitir la inspección de sus finanzas, y la Unión Soviética se negó.

Alemania se convirtió ahora en el punto de confrontación entre los rusos y Occidente. Los primeros querían reparaciones y desmantelaron gran cantidad de industrias en la parte de Alemania que controlaban. También capturaron a científicos especializados en cohetes, que entregaron sus secretos al programa espacial soviético (lo mismo que ocurrió con los americanos, aunque en este caso los internados cooperaron voluntariamente y fueron recompensados con generosidad). Alemania más allá del Elba siguió en condiciones lamentables, con una economía esclavizada, y los campos de concentración siguieron en funcionamiento para los recalitrantes. Moscú quería en especial la colaboración de los británicos, porque controlaban el

Ruhr, la zona industrial más importante (la zona de ocupación americana, centrada en Frankfurt, era mucho menos industrial). Para empezar, las simpatías británicas habían estado con los rusos; los británicos eran responsables de todo el noroeste de Alemania, que se encontraba en condiciones lamentables: miles de casas, canales, ferrocarriles y fábricas en ruinas. Millones de alemanes habían huido del este, y competían por lugares donde vivir, con frecuencia pequeñas chabolas construidas de escombros, cuyos inquilinos vendían sus cuerpos por cigarrillos. Aunque los británicos estaban obligados por sus acuerdos con los rusos a enviar maquinaria al este hasta al menos 1950, sabían que si a causa de dichas reparaciones los alemanes morían de hambre, británicos y americanos tendrían que enviar alimentos, que no sobraban en Gran Bretaña. Al principio sólo los americanos y británicos de más altos principios se opusieron al trato terrible infligido a los alemanes, pero esta percepción cambió cuando pasaron los primeros meses de la ocupación. La autoridad de las Naciones Unidas envió paquetes de ayuda y también apareció una gran preocupación privada americana (existía un contenido especial para la intelectualidad de Budapest, que la mantuvo en marcha). También existía la necesidad de un gobierno local y los alemanes podían realizar mejor el trabajo que militares aliados ignorantes y sin formación; se podía usar para ello a los alemanes de tradición democrática que habían sido perseguidos por los nazis. El más destacado entre ellos era Konrad Adenauer, que iba a ejercer las funciones de canciller de Alemania occidental desde 1949 a 1963, de sus setenta y tres hasta los ochenta y siete años. A través del caos de 1946, estaba empezando a surgir una Alemania nueva, y en septiembre el secretario de Estado americano, James Byrnes, pronunció su famoso discurso en Stuttgart, donde les dijo a los responsables de diversos estados alemanes: «La opinión del gobierno americano es que el pueblo alemán por toda Alemania, bajo las salvaguardias adecuadas, debe recibir ahora la responsabilidad primaria para llevar sus propios asuntos». Las zonas británica y americana se unieron formalmente como la Bizona el 1 de enero de 1947, permitiendo políticas adecuadas en cuanto al transporte y el comercio. Hasta ese momento, los críticos alemanes afirmaban exageradamente que la autoridad británica de ocupación, con sus actitudes socialistas (el laborista Clement Attlee había sucedido a Churchill), le estaba haciendo más daño a la economía del Ruhr de lo que habían conseguido los bombardeos.

Una parte de esta historia sólo eran mejoras administrativas, necesidades que empujaban a las autoridades anglo-americanas a colaborar con los alemanes. Pero también estaba la amenaza del este. Los soviéticos establecieron mucho antes que todos los demás una autoridad democrática en Berlín: su núcleo estaba formado por el grupo de comunistas alemanes que habían sobrevivido a la guerra en Moscú, dirigidos por Walter Ulbricht. Stalin esperaba sorprendentemente que los alemanes votarían a los comunistas, admirados por lo que habían conseguido en la Unión Soviética, derrotando a Hitler donde los alemanes habían derrotado al zar. No lo hicieron, ni mucho menos. La respuesta habitual a este acertijo era obligar a que los

socialistas se unieran a los comunistas y durante la Pascua de 1946, los soviéticos lo consiguieron mediante el miedo y el chantaje. Así surgió el Partido Socialista Unificado, dirigido por Ulbricht con su irritante *Fistelstimme* con su falseto sajón, que gobernaría Alemania oriental con las habituales elecciones fraudulentas y partidos títeres. Por otro lado, en ese momento por fin se entregó a la población un mínimo de alimentos. En el oeste, por el contrario, los meses de enero a abril de 1947, con uno de los peores inviernos de la historia, estuvieron marcados por el hambre y el frío. El sucesor de Byrnes como secretario de Estado, el general George C. Marshall, viajó en tren a través de una Francia a punto de ser tomada por los comunistas y atravesando una Alemania en ruinas y llena de espectros, hasta un Moscú que era lúgubramente hostil. Stalin le explicó a Marshall que confiaba en que los comunistas tomaran el control de toda la Europa continental y como dijo Lucius Clay, gobernador militar americano: «No existe alternativa entre ser comunista con 1.500 calorías al día y ser un creyente en la democracia con 1.000». Stalin ya había ocupado Polonia mediante unas elecciones fraudulentas y muy pronto iba a hacer lo mismo en Hungría y Checoslovaquia. En respuesta, en junio de 1947 en Harvard, Marshall anunció que Estados Unidos saldría al rescate de Europa occidental. En aquel momento se destinó la suma enorme de 5.000 millones de dólares para satisfacer las necesidades inmediatas de Europa occidental, que el invierno excepcionalmente duro había convertido en un asunto de vida o muerte. Se crearon diversas instituciones para gestionar el Plan Marshall, porque incluso el gobierno francés carecía de algunas de las estadísticas vitales necesarias (y el representante griego en la organización del Plan Marshall para la colaboración económica europea fue descubierto en su oficina de París inventándose las). Ahora estuvieron representados los alemanes occidentales, su primera aparición a nivel internacional, aunque indirectamente, a través de la autoridad de ocupación americana. En primera instancia, Europa occidental fue rescatada y desapareció el peligro de una toma del poder por parte de los comunistas, que era perfectamente real en Francia, Italia y Grecia. Después de esto, los diversos estados dedicaron el dinero de Marshall a sus propias necesidades, los alemanes reconstruyendo sus infraestructuras y los británicos, que en 1946-1947 habían gastado el noventa por ciento de sus ingresos en dólares en la compra de cigarrillos, principalmente se dedicaron a reconstruir sus inversiones en el extranjero (que se recuperaron con bastante rapidez, mientras que los transportes británicos se convirtieron en los peores de Europa).

Los americanos insistieron en una cosa: los europeos no debían retener el dinero a través del control de cambio de divisas; lo tenían que repartir por todas partes a través del comercio. Esto significaba que Francia y Bélgica –que en aquel momento era una potencia industrial a tener en cuenta y que contaba además con los recursos del Congo belga– no debían discriminar a otros países, en especial a Alemania. La mitad de la economía holandesa había dependido del comercio con Alemania, cuya recuperación, desde el punto de vista americano, era una necesidad primaria. Por ello

se estableció una Unión Europea de Pagos que debía ejercer en el comercio europeo el mismo papel que se suponía que ejercería el FMI en el comercio mundial. En 1950 se produjeron tensiones sobre la nueva divisa alemana, el Deutsche Mark, cuando los industriales del Ruhr acumularon materias primas para hacer frente al *boom* de las exportaciones industriales que se esperaba en el futuro inmediato. La Unión de Pagos intervino y el marco se salvó. Resulta curioso que en su ansia por crear un gran mercado europeo en la línea del propio, los americanos fueron los primeros en proponer una divisa europea común. El subdirector del Plan Marshall sugirió que podría recibir el nombre de ECU, unidad de cuenta europea. El dinero del Plan Marshall fue redestinado al rearme durante la época de la guerra de Corea, pero en esos años nacieron las instituciones de posguerra en el mundo atlántico, una detrás de otra y cada una a partir de la anterior. Así aparecieron en 1947 el Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio (GATT, en sus siglas en inglés) para el libre comercio, la OCDE (Organización de Cooperación y Desarrollo Económico), la oficina del Plan Marshall que sigue con nosotros, la Comunidad Europea del Carbón y el Acero (CECA) en 1951 para unir en un cártel el carbón y el acero francés y alemán (en origen, si no de la Unión Europea, al menos de su bandera, con el azul del acero, el negro del carbón y las estrellas amarillas que correspondían al número de países integrantes, inicialmente seis). El conjunto culminó con la OTAN en 1949. En paralelo apareció una República Federal de Alemania, que quedó constituida formalmente en octubre de 1949.

La historia de Occidente después de la guerra ha sido un éxito considerable. Los alemanes habían aprendido de la experiencia de Weimar. Su Constitución extremadamente literal, que obligaba a elecciones interminables con representación proporcional, había acabado desembocando en un Hitler. La nueva Ley Básica (en realidad, la Constitución) era corta y precisa, con un buen equilibrio entre el centro y las provincias, y protegía los elementos esenciales, como la defensa de la familia contra impuestos excesivos. El Banco Federal tenía instrucciones para no volver a permitir una inflación monetaria como la que habían vivido los alemanes por dos veces; se puso en marcha un círculo virtuoso de ahorro e inversión; y en 1955 las exportaciones alemanas superaban ya a las de Gran Bretaña, donde el círculo no era tan virtuoso. Austria también se convirtió en un país modélico. También se presenció otra característica admirable en la Alemania de posguerra porque aunque millones de refugiados vivieron una experiencia terrible, con familias completamente inocentes que tuvieron que cruzar la frontera con solo una maleta, sorprendentemente se produjeron muy pocas quejas. Los alemanes de los Sudetes siguieron con su vida y consiguieron prosperar. El líder de la Alemania de posguerra, Konrad Adenauer, dijo que al final se iban a convertir en un imán para los comunistas del este, y realmente tuvo razón, aunque el efecto tardó más de lo esperado. Cuando llegó el momento, la reconciliación de polacos y checos con los alemanes fue relativamente poco dolorosa. Por supuesto, en todo esto se tuvo que pagar un precio cultural: una falta de confianza

nacional, que fue posiblemente el efecto a largo plazo de unos bombardeos tan terribles. Parafraseando a A. J. P. Taylor: la gente ya no cantaba *Deutschland erwache*^[3], pero se había despertado igualmente.

La historia del Japón de posguerra se parece mucho a la de Alemania. Para empezar, la ocupación americana había sido muy caótica y Japón, al igual que Alemania, sufrió dos años de penurias terribles. Entonces, al igual que en Alemania occidental, el sentido común administrativo, combinado con una victoria comunista, provocó una revisión de la situación. En 1949 los comunistas vencieron en la guerra civil china, y las tropas derrotadas del Kuomintang, bajo el liderazgo de Chiang Kai-shek, se retiraron a la isla de Formosa, Taiwán. Entonces los americanos presentaron un plan para resucitar la economía japonesa, que se convirtió en un éxito espléndido, como había ocurrido con Alemania occidental. El economista Piero Straffa, editor de la correspondencia de David Ricardo y recuperador de la teoría olvidada de Marx sobre la plusvalía, tomó dos decisiones económicas en su vida. Compró bonos japoneses en 1945 y los vendió en 1960 a cambio de oro, y acabó muriendo como un hombre muy rico (como profesor del Trinity College de Cambridge, donde contaba los azucarillos antes de la llegada de la señora de la limpieza y después de que se fuera).

El contraste con los comunistas fue cada vez más evidente con el paso de las décadas. La recuperación de la URSS siguió adelante, en parte gracias a la mano de obra esclava alemana (los prisioneros alemanes construyeron los rascacielos de Moscú en forma de pastel de bodas). La militarización extrema, la omnipresencia de la policía secreta (es decir, el KGB) y los bienes entregados por Alemania en concepto de reparaciones permitieron la recuperación, aunque la agricultura no situó su producción por encima del nivel de los zares hasta 1960. En 1949 se anunció la explosión de una bomba atómica soviética y en 1950, cuando los chinos penetraron en Corea, la Guerra Fría corrió el riesgo de volverse caliente. De hecho la guerra de Corea animó la demanda de materias primas y de maquinaria alemana, y provocó que la estructura económico-militar occidental, cuyo elemento clave era la OTAN, se endureciera y fortaleciera. Todo esto permitió que Alemania en la década de 1950 y Japón en la de 1960 asumieran una posición de importancia mundial. Con el tiempo, este desarrollo extraordinario y paradójico iba a afectar a los estados comunistas. China, enfrentada a un éxito de tal calibre, no sólo de Japón, sino de Taiwán y Corea del Sur, que en 1960 sólo exportaba pelucas, cambió de rumbo. Su éxito fue imitado por la URSS, que se desintegró. Con esto, se firmó por fin un tratado de paz con una Alemania unida y la segunda guerra mundial llegó a su final formal cuarenta y seis años después de la victoria aliada.

FRONTERAS POLÍTICAS EUROPEAS, CA. 1924





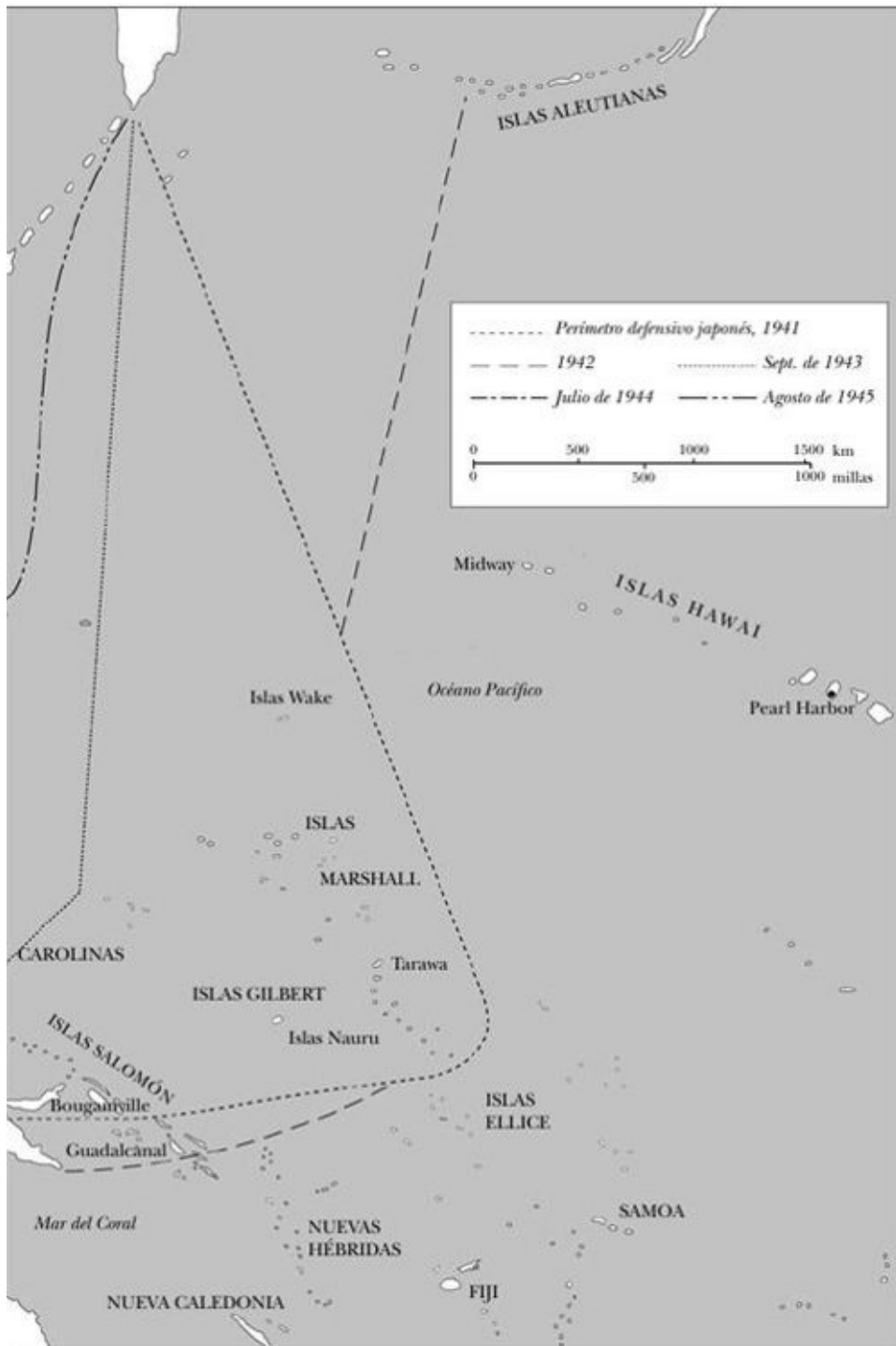
EL IMPERIO NAZI EN SU MÁXIMA EXTENSIÓN, OTOÑO DE 1942





LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL EN ASIA Y EN EL PACÍFICO, 1941-1945





Agradecimientos

A lo largo de los años he reunido una buena colección de libros sobre la segunda guerra mundial, siendo los primeros de ellos *The Origins of the Second World War* de A. J. P. Taylor (1961) [*Los orígenes de la Segunda Guerra Mundial*, 1965] y *The Desert Generals* de Correlli Barnett (1962). He tenido la gran suerte de poder utilizar bibliotecas excelentes para complementar estas obras. La Biblioteca de Bilkent, en el centro de Anatolia, se construyó en un espacio de tiempo relativamente corto y ahora es increíblemente útil; en Inglaterra la London Library y la Cambridge University Library son accesibles, agradables e infinitamente gratificantes. También he sido afortunado con mis editores: Lara Heimert en Basic Books y Simon Winder en Penguin, y estoy especialmente agradecido a mi genial y bien informado editor, Norman MacAfee. Mi hijo Rupert Stone ha sido mi primer lector y estoy muy contento de haber recibido su estímulo.

Algunas fuentes

Existen muchos y variados, y a veces espléndidos, libros sobre la segunda guerra mundial, pero mi preferido es *The Second World War* de John Keegan (1990). Explica los tecnicismos militares, como el diseño de tanques y aviones, con gran claridad y ofrece relatos cortos y excelentes sobre las diversas batallas por tierra, mar y aire. Cualquier lista de fuentes se puede convertir en un océano inmenso, pero Keegan resuelve el problema limitándose a cincuenta libros, la mayoría de los cuales yo también habría elegido, y la mejor decisión para mí es ofrecer otras cincuenta obras, publicadas desde entonces. Esta limitación es mucho más fácil de lo que se podría pensar, porque los libros en lengua inglesa, debido a la extensión de Internet y de las traducciones automáticas, son apabullantemente preponderantes, mucho más que en el caso de la primera guerra mundial.

En la actualidad la historia general imprescindible son los trece volúmenes de *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, publicados originalmente por el Militärgeschichtliche(s) Forschungsamt (Freiburg-Potsdam) y traducido por Oxford University Press desde 1990 bajo el título de *Germany and the Second World War*. Su erudición y objetividad están fuera de cuestión. Michael Burleigh: *Moral Combat: A History of World War II* (2010) es una obra amplia y profunda de estilo antiguo; John Lukács: *The Last European War* (1976) y cf. con *The Hitler of History* (1997) [*El Hitler de la historia*, 2003] y *The Duel* (2001) [*Cinco días en Londres*, 2001], del propio Lukács, que se centran en la colisión personal entre Hitler y Churchill durante el verano de 1940. La biografía más destacada de Hitler es la de Ian Kershaw: *Hitler* (2 vols., respectivamente *Hubris*, 1998, y *Nemesis*, 2000) [*Hitler*, 1999 y 2002]. Difícilmente se podrá encontrar un tema, militar o político, en el que el autor no sea un experto, como pude descubrir cuando, como experto, repasé algunas de las fuentes en preparación de la denuncia de *The Guardian* contra David Irving. *Hitler's War* de Irving (1977) [*La guerra de Hitler*, 1980] podría y debería haber sido un libro sobresaliente, en especial sobre los acontecimientos que condujeron a Stalingrado, pero se malogró por la afirmación de que Hitler no sabía lo que le estaba ocurriendo a los judíos. *Fatal Choices* de Kershaw (2008) [*Decisiones trascendentales*, 2008] se centra en las grandes decisiones estratégicas. Gerhard Weinberg: *A World at Arms* (2005) [*Un mundo en armas*, s.f.] es muy completo.

Sobre los orígenes de la guerra, *The Origins of the Second World War* de A. J. P. Taylor (1961) [*Los orígenes de la Segunda Guerra Mundial*, 1965] sigue siendo muy útil, en especial las primeras cien páginas, que muestran las debilidades, a veces ridículas, del orden de Versalles. Zara Steiner: *The Lights That Failed* (2005) es una autoridad para el período hasta 1933, cuando el orden empezó a desmoronarse, empezando con la economía mundial, y es mucho más benévola que Taylor. Antony Beevor: *The Battle for Spain* (2006) [*La guerra civil española*, 2006] es una obra muy sofisticada, con mucho material sobre las implicaciones comunistas ocultas en la

guerra civil española. David Faber: *Munich* (2008) y Jonathan Haslam: *Russia's Cold War* (2011) se merecen una buena atención.

Las campañas de 1939-1941 se analizan en Julian Jackson: *The Fall of France* (2003), Karl-Heinz Frieser: *The Blitzkrieg Legend* (2005), James Holland: *The Battle of Britain* (2010). La movilización de la economía de guerra británica está bien resumida en David Edgerton: *Britain's War Machine* (2011), pero sigue el interés intemporal en Correlli Barnett: *Audit of War* (1986), un desafío memorable a la satisfacción británica. Su viejo clásico, *The Desert Generals* (1960) sobre la guerra en el norte de África, sigue siendo muy estimulante. Sobre el inicio y la continuación de la campaña de bombardeos sobre Alemania, Max Hastings: *Bomber Command* (1976) sigue siendo el mejor. Robert Skidelsky: *John Maynard Keynes: Fighting for Freedom* (2001) es el clásico más reconocido, que resulta maravilloso por su comprensión de las finanzas de la guerra y en las condiciones de supervivencia del Tesoro.

Para la preparación de Barbarroja en 1941, véase Gabriel Gorodetsky: *Grand Delusion. Stalin and the German Invasion of Russia* (1999) y Konstantin Pleshakov: *Stalin's Folly: The Secret History of the German Invasion of Russia* (2005) [*La locura de Stalin*, 2007]. El frente oriental ha recibido una gran atención desde 1989, al aparecer gran cantidad de documentación nueva. Chris Bellamy: *Absolute War: Soviet Russia in the Second World War* (2007) [*Guerra absoluta*, 2011] es la obra de conjunto más importante, pero véase también David Glantz que tiene una serie de obras que incorporan tanto sus intuiciones destacables como los silencios de la historia oficial soviética: *The Gates of Stalingrad: Soviet-German Combat Operations, April-August 1942* (con Jonathan M. House) y *Armageddon in Stalingrad: September-November 1942* (2009). Glantz se ha explicado en el artículo «Forgotten Battles of the Soviet-German War, 1941-45» en Ljubica Erickson y Mark Erickson (eds.): *Russia: War, Peace and Diplomacy* (2004), que también recoge artículos importantes sobre aspectos concretos del frente oriental. Richard Overy: *Russia's War* (1997) es un libro antiguo, y el libro más destacado sobre una batalla es Antony Beevor: *Stalingrad* (1998) [*Stalingrado*, 2000]. Explica la naturaleza de su investigación –imponente en su contribución al volumen de los Erickson («Stalingrad and Researching the Experience of War»).

Sobre algunos aspectos del dominio nazi en Europa y el oeste de la URSS, véase Mark Mazower: *Hitler's Empire: Nazi Rule in Occupied Europe* (2008), que ha venido a sustituir al clásico Alexander Dallin: *German Rule in Russia 1941-1945* (1981). Christopher Browning, «Hitler and the Euphoria of Victory» en David Cesarani (ed.): *The Final Solution: Origin and Implementation* (1996) es la obra imprescindible, pero sigo pensando que el tono de Gerald Reitlinger: *The Final Solution* (1953) [*La solución final*, 1973] es el más apropiado. Desde que se abrieron los archivos comunistas se ha trabajado con mucha intensidad en Auschwitz, como en J.-C. Pressac: *Auschwitz* (1989) que ofrece estadísticas fiables y explica la historia del

museo (cuyo fondo incluye una parte de reconstrucciones); véase Hans Mommsen: *The Third Reich Between Vision and Reality* (2001) para una exposición de las diversas explicaciones de este autor. Adam Tooze: *The Wages of Destruction* (2006) levanta olas con respecto al crac de la economía alemana, que demuestra que estaba mucho más militarizada de lo que se suponía. Mungo Melvin: *Manstein* (2010) y Brigitte Hamann: *Winifred Wagner: Oder Hitlers Bayreuth* (2003; *Winifred Wagner: A Life at the Heart of Hitler's Bayreuth*, 2007) son cortas pero reveladoras.

Al final era preferible que media Europa quedase bajo un comunismo que podía mejorar, a que toda Europa quedase bajo un Hitler que sólo podía ir a peor. Pero las últimas fases de la guerra estuvieron dominadas por la entrega inmediata de Europa central a Stalin: véase Krisztián Ungváry: *Battle for Budapest* (2005) o Hans Graf von Lehndorff: *Ostpreussisches Tagebuch* (1985) y cf. Alexander Fürst zu Dohna-Schlobitten: *Erinnerungen eines alten Ostpreussen* (1989). Götz Aly: *Hitlers Volksstaat [La utopía nazi, 2006]* (2005) y Joachim Fest: *Staatsstreich* (1994) y *Der Untergang* (2004) [*El hundimiento*, 2005] ven los bombardeos desde la perspectiva alemana.

El diseño de la estrategia en el frente occidental está maravillosamente descrito en Andrew Roberts: *Masters and Commanders* (2008) y cf. Max Hastings: *Churchill: Finest Years* (2009) [*La guerra de Churchill*, 2010]. Carlo d'Este: *World War Two in the Mediterranean 1942-1945* (1990), Rick Atkinson: *An Army at Dawn* (2002) sobre Torch [*Un ejército al amanecer*, 2004], Niall Barr: *Pendulum of War* (2005) sobre las tres batallas en El Alamein y lord Carver: *The Imperial War Museum Book of the War in Italy* (2001) son recomendables. Allan Mallinson: *The Making of the British Army* coloca estas batallas en perspectiva. Max Hastings: *Armageddon* (2004) [*Armagedón*, 2005] es una buena descripción del final de la guerra en Alemania.

Sobre la guerra en el Lejano Oriente, véase William B. Hopkins: *The Pacific War* (2010), John Toland: *The Rising Sun* (1970) y Ronald Spector: *Eagle Against the Sun* (1985) y Max Hastings: *Nemesis* (2007) [*Némesis*, 2008].



Norman Stone (nacido el 8 de marzo de 1941 en Glasgow) es un académico, historiador y escritor escocés. Actualmente es profesor de Historia Europea en el Departamento de Relaciones Internacionales de la Universidad de Bilkent, habiendo sido profesor en la Universidad de Oxford, profesor de la Universidad de Cambridge y asesor de la primera ministra británica Margaret Thatcher. Es miembro de la junta del Centro de Estudios Eurasiáticos (AVIM).

Stone asistió al Glasgow Academy con una beca para los hijos de militares muertos su padre había muerto en la Segunda Guerra Mundial y se graduó con honores de primera clase en Historia en la Universidad de Cambridge, Inglaterra (1959-1962).

Notas

[1] Nombre que recibía la administración colonial británica en el subcontinente indio. (N. del T.). <<

[2] Su nombre oficial era Panzerjäger Elefant y se trataba de un cazacarros pesado, diseñado específicamente para eliminar tanques de combate. Recibía el sobrenombre de *Ferdinand* por su diseñador, Ferdinand Porsche. (N. del T.). <<

[3] *Alemania despierta*, uno de los himnos del Partido Nazi. (N. del T.). <<